

En lucha por su hermano Ignacio Ortiz Monasterio

► Sucedió como sigue.

Era temprano en la noche. William estaba en casa, ensayando su lección de piano, cuando Rhodias, su hermano mayor, y sus compañeros de escuadrón, siete de ellos, llegaron. En el momento que escuchó la puerta y reconoció voces paró, intimidado, y se movió de prisa al sillón. ¿Me callé a tiempo?, se preguntó.

William los miró entrar a la sala, Rhodias el primero, sin saber qué esperar. No vestían uniforme. “¿Dónde está?”, preguntó Rhodias sobre su madre, apartando la cortina un poco, apenas lo justo para mirar afuera. En un extremo del sillón, sus largos antebrazos hundidos entre las piernas, William respondió con voz sin vida. Sintiendo observado, mantuvo sus ojos en el pelo negro, turbulento de Rhodias.

“¿Eres tú Rhodias?”, se escuchó la voz de la Sra. Gigssen, que empezaba a bajar las escaleras. Rhodias formaba parte de la reserva del ejército, encargada de patrullar la ciudad de noche, y su madre creía que estaba en servicio.

“Iremos a casa de los Stahl”, dijo Rhodias, sus manos apoyadas en lo alto del marco de la ventana. “Llevaré a William.”

William se puso de pie cuando oyó esto. Era una persona de libros y música, y estaba muy apegado a su madre.

“No puedo...”, dijo, mirando a uno y a otro.

“¡No sé corazón!” dijo la Sra. Gigssen, deteniéndose a mitad de las escaleras.

“Andando”, dijo Rhodias.

De salida, en tanto que procuraba mantenerse a flote, los recuerdos asaltaron a William. Rhodias, acompañado por su amigo Jan, lo había llevado al distrito donde podían encontrarse prostitutas. Supo esto cuando Rhodias conducía por una calle vacía y una prostituta salió de un edificio viejo de poca altura y caminó de prisa hacia ellos. Lo que pensó William fue: viene hacia acá. Ahí viene. Rhodias le dio dinero a la mujer, luego le dijo a William que se ba-

lara. William se sintió ante algo desconocido y perpetuo. Agarrado de la manija de la puerta miró oblicuamente a Rhodias, que esperaba con el motor encendido, las manos arriba en el volante. William ansió que Rhodias lo exculpara. Luego Jan había dicho: “Ya, Rhodias”, y un tiempo después Rhodias había puesto el coche en marcha.

¿A dónde me llevan?, se preguntó William apenas lo soltó este recuerdo. Fueron primero a un bar. Rhodias condujo a alta velocidad, seguido del auto de Jan. Excitados por la luz de los faros y el movimiento, los reflejos en los autos parados sobre la acera se grababan en los ojos de William. El ruido de los motores, llevados a sus límites, rompía el silencio entre las líneas de casas a uno y otro lado de la calle.

Once minutos más tarde, en una calle de dos carriles, Jan se había bajado para tocar en una cortina de metal y, atento, preguntar algo al hombre que abrió. Luego había entrado. Cuando Rhodias estacionó el auto a la vuelta William estuvo seguro de que se trataba de un burdel. Le pedirá a ella que por favor mienta. ¿Le dirá que sí lo hice? ¿Habrà algún momento para huir? Una patrulla del ejército pasó a lo lejos.

William sintió algún alivio cuando supo que no era un burdel. Una luz débil se encendió en medio de nada más que penumbras. Además, mientras Rhodias y otros bebían junto a la barra, y él se hallaba de pie, reducido, entre otros hombres y mujeres, su hermano no lo hizo tomar. Rhodias permanecía sentado, en pensamiento; bebía hondo, y William lo observaba. Pasaron dos horas en ese lugar.

Luego se adentraron más en el lado este. Cuando Rhodias no torció a la izquierda sino que, despacio, continuó derecho, William cayó en confusión por un momento, después se sintió vejado e impotente, y se venció. Vio anuncios de neón apagados, de bares, burdeles y hoteles. Más adelante se empezó a fijar en Rhodias. Habían entrado en un barrio de grandes vecindades —viejos edificios de dos y tres pisos separados por angostos patios. A la entrada de uno o dos de ellos había visto alguna reunión de hombres, bebiendo sin hablar pero alertas.

William no entendía, pero entonces recordó esas conversaciones en las que los amigos de Rhodías hablaban de sus peleas. ¿Están preparando un ataque? pensó William, y comenzó la angustia. Nunca había estado en una pelea. Además, le tenía mucho temor a la violencia y la sangre. Un pensamiento cruzó su mente: nuestras vidas están siendo puestas en peligro, es claro. Mientras avanzaban lentamente y el miedo lo poseía, William se decía a sí mismo, una y otra vez: es claro. “Es claro”, dijo en voz alta, pero nadie respondió. Descompuesto por la angustia, encontró con su mano una rasgadura en el asiento, y metió en ella sus dedos. Muy pronto su mano entera estaba en las entrañas del asiento, y las rumiaba.

“Ésos”, dijo Rhodías. Habían dado la vuelta en una calle mal iluminada. Calle quince, era el nombre. Adelante, hacia la mitad de la cuadra, había un

grupo de siete, tal vez ocho hombres, hablando en voces altas y bebiendo, y Rhodías había detenido el coche, igual que Jan. Los hombres habían advertido esto, y vuelto su atención a los extraños. Luego Rhodías había dicho “ésos”, y de pronto ya estaban fuera de los coches y corriendo, rápida pero calculadamente, como ejecutantes de salto largo, hacia el grupo de hombres.

Temblando, pero en un estado de completa conciencia, William se agarró con las dos manos de la cabecera que tenía enfrente y se jaló hacia ella. Sin soltar la cabecera miró a través de la media luz del alumbrado. Vio cómo dos de los sujetos habían salido corriendo, hacia el interior del patio, y cómo Jan y otro habían ido tras ellos. Vio cómo Rhodías, con todo el impulso de su velocidad, embistió por detrás a un hombre que intentaba huir también, y



Ilustración 14. Conrad Martens, pinzón de cactus *Geospiza scandens*. Acuarela en papel, ca. 1835

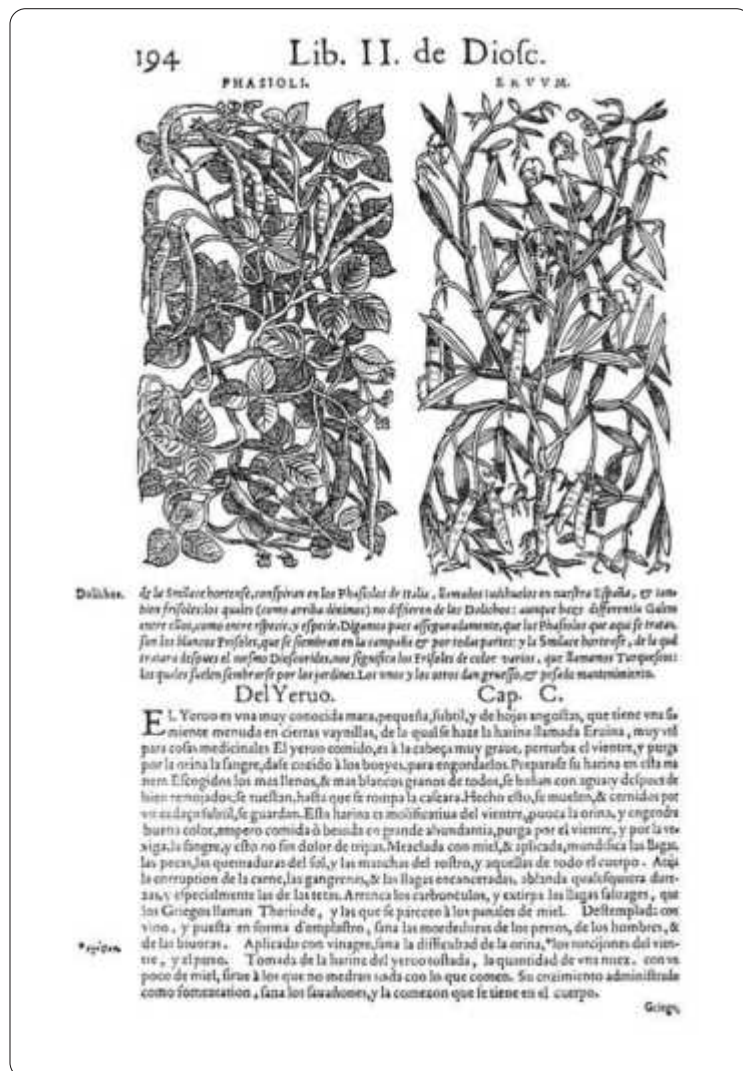


Ilustración 4. Pedacio Dioscórides Anazarbeo, reproducción de Andrés Laguna. Grabado, 1566

cómo el hombre chocó contra una pared y cayó, inerte. Apenas había absorbido el impacto, Rhodías se había volteado y —la inercia de su giro acumulada en su brazo derecho— golpeado la cabeza de alguien, cualquiera. Pero el hombre, sólido y compacto, resistió, y Rhodías tuvo que seguir golpeando antes de tirarlo. Luego el hombre se encogió en el suelo, tratando de proteger su cabeza, su abdomen y sus genitales, y Rhodías lo pateó hasta que se abrió.

En el auto, aún asido a la cabecera y doblándola sin advertirlo, William no podía asimilar todo esto. ¿Por qué Rhodías pateó al hombre en la cabeza?, se preguntó. ¿Querrá matarlo? Además, ¿se quita fácilmente la sangre de una camisa? Luego pensó, la carne es tan resistente y tan débil a un tiempo. Puede soportar un ciento de golpes, pero uno solo puede sacar a un alma de un cuerpo. ¡Cuán contradictorio! William no quería ver más, pero los brazos de su conciencia lo movían a ello.

Uno de los de Rhodías, erguido pero jadeando, miraba por un momento un cuerpo. Ciertos gritos aislados rompían el silencio de la calle. Otro hombre se soltó y escapó en dirección a los autos. Corrió sin mirar atrás, y se acercó con violenta progresión. A pesar de la noche William vio su boca abierta y torcida, su cabeza sudada, y escuchó sus pasos agitados. Se le ha dicho que estoy aquí, llegó a pensar William, pero los dilatados, negros ojos del hombre parecían estar puestos en la bocacalle. Iba ya a pasar de largo cuando se oyó un golpe sofocado y una fuerte exhalación; siguió un impacto potente contra el auto, que se empezó a sacudir de acuerdo con las voces, los esfuerzos y los cuerpos del hombre y su atacante. William había brincado al otro lado del asiento, y recargado contra la puerta miraba. No podía comprender. Cuando el hombre, luego de un nítido crujido, finalmente cayó, William vio que el otro apoyó las manos en las rodillas, respiró algunas veces por la boca, su atención puesta en los demás, y se apresuró

a volver.

No había mucho más que hacer. Algunos de los hombres habían logrado meterse, al parecer, y a otros se los podía ver tirados. Había uno en extraña postura, los brazos estirados hacia las piernas, junto al cuerpo, el hombro pegado a un poste y la cabeza detrás de éste. “¡Vámonos a la mierda!” gritó uno de los muchachos, luego de ver hacia el patio. Tal vez más hombres vienen en camino, temió William, a tomar venganza. No... no... estamos a salvo. En cuestión de segundos, dispersamente, los muchachos volvieron a los coches. Uno de ellos andaba semicontraído y de modo errático, como insecto, por dolor en los testículos. Otro no dejaba de girarse y caminar de espaldas, listo para alguna sorpresa. Sólo Rhodías caminaba despacio. Poco después habían arrancado.

Aún no vienen, pensó William al volver la cabeza. Sus latidos

eran señaladamente fuertes, y los oía. Esperaba una emboscada de un momento a otro, y no podía eliminar de su mente la imagen de su hermano acribillado. Espalda, cuello y cabeza en tensión hacia atrás, se asomaba William por el espacio donde colgaba el cinturón de seguridad. Deseaba ver una patrulla de la reserva, pero no había vida alguna en las calles. ¡Acelera bruto! quería ordenarle a Rhodias, que manejaba despacio y veía por los espejos con calma. Veinte minutos después estaban de vuelta en el lado oeste.

Uno a uno, los muchachos bajaron. En un punto William supo, no sin antes dudar mucho, que debía pasarse al asiento delantero. Llegó el turno de Jan, el último. Luego de guardar su auto salió. “Váyanse a dormir”, dijo, agachándose para abarcar también a William. “Váyanse a su casa”, dijo después, y William asintió.

No volvieron a casa, sin embargo. “¿Por qué tomas hacia allá?”, preguntó William, el interior de su boca y sus labios blancos. “¿Por qué nos llevas de regreso?”, preguntó también. Y dijo, sin importarle ya lo que su hermano pensara de él, “quiero ir a la casa, Rhodias...”. Por algunos segundos pensó que irían de vuelta al bar. Sabía que el bar había cerrado hace mucho, pero llegó a creerlo. Luego admitió que no era posible, y abrió la ventana por completo. Nunca la abría de noche, pero esta vez la abrió, se sentía atrapado, y un viento frío y afilado como el invierno lo golpeó. Más tarde logró decir “me bajo”. Pasmado por el miedo apenas se oyó a sí mismo decirlo, y no estaba seguro de haber hablado siquiera. Silencioso, la mirada al frente, Rhodias detuvo el coche y esperó a que William se bajara, pero William no lo hizo.

Cuando llegaron a la Calle quince Rhodias dobló a la izquierda, muy despacio, y detuvo el coche. A vein-

te, quizá veinticinco metros estaba la vecindad. William había tenido la esperanza de que no habría nadie ahí, de que los mejor librados se habrían propuesto un rescate, advertido a otros que no salieran y echado doble llave a sus puertas. Pero no, la noche no mentía: había tres hombres en la boca del patio. Tal vez los primeros —hermanos, hijos, vecinos— les habían relatado cómo un grupo de jóvenes entrenados había aparecido y los había sometido. Tal vez un número de hombres de la vecindad, exacerbados, rondaba en esos mismos momentos las vacías calles circundantes, en busca absurda del grupo. Era cierto: había tres hombres ahí, con objetos en las manos —un bat, botellas... Iluminados de lleno por las luces del coche, deslumbrados, los hombres parecían títubear. ¿Cómo podía ser que los agresores regresaran? Había algo sospechoso. Sí, habían reunido a un grupo más grande e iban a atacar de nuevo. Esperaron nerviosamente, listos para correr adentro, a conseguir refuerzos. No era posible que un solo tipo se hubiera bajado del coche. Que, solo, se acercara. Esperaban que de pronto aparecieran otros, que los sorprendieran por el otro extremo de la calle.

Rhodias había apagado las luces del coche y mantenido el motor en marcha. “No hay que ir, te lo suplico”, había dicho William, cogiéndolo inútilmente del brazo. Había pedido valor, pero no lo había obtenido, y descreyó de Dios, y se sintió tan turbado y dañado que se echó debajo del tablero. “¡Eres un cobarde! ¡Vaya pendejo que eres!” se decía a sí mismo. “¡Observa, niñita! ¡Mira cómo le dan fin a tu hermano!” Se incorporó. Empujándose con cada músculo de sus brazos y piernas contra el respaldo del asiento, miró en dirección a Rhodias.

Pero como si se hubiera empujado hacia una parte remota de sí mismo, sintió que su movimiento no paraba, y tenía para sí que se alejaba del tablero del auto y de la calle, aunque al mismo tiempo éstos se mantuvieran a una distancia constante. En lugar del terror de ver a su hermano solo, un sentimiento de vacío y pánico, ajeno en cierto modo a lo exterior, lo tomaba. Muy pronto todo lo que William veía era una esfera pequeña y distante, con Rhodias y los hombres moviéndose en ella. Lo demás era oscuridad. En esa esfera remota Rhodias peleó duro y resistió, pero eventualmente fue derribado con lo que parecía un minúsculo bat.



Ilustración 10. Libro de horas, producido en Gante para su uso en Roma. 1488

Esto es todo lo que William percibió. Lo que siguió fue un fuerte *crac*. El respaldo del asiento se había roto, y con súbito desconcierto y duda, creyendo que uno de los hombres lo había atacado, William había caído y dado contra el asiento trasero. Por reflejo se incorporó de inmediato, la realidad llenando sus sentidos como llena el aire, terriblemente, los pulmones de un recién nacido, y vio a Rhodias en el suelo y a los hombres golpeándolo. Otros dos hombres salían del patio. En momentos distintos se detuvieron, entendieron la situación desde cierta distancia, y miraron alrededor. ¡Qué he hecho! pensó William. De inmediato se bajó del auto, vio a los hombres verlo por primera vez, y huyó tan rápido como pudo. “¡Cógelo!” escuchó a uno decir. Luego de dar la vuelta en la esquina, corrió al este.

William estaba seguro de que dos o tres hombres lo seguían de cerca —los otros, pensó, aún están golpeando a Rhodias. Al punto empezó a escuchar la rápida carrera de sus perseguidores, luego las respiraciones. Me llevarán de regreso y me golpearán a muerte frente a Rhodias. ¡Oh Dios, oh Dios! Corrió más. Espantadas, sus largas piernas no querían detenerse. Tampoco sus brazos. Pero pronto el aire empezó a oxidarse en su garganta. De un momento a otro se me acabará el aliento, no responderán mis piernas, ya quemadas. Será el rechinar de dientes. Estiraba el cuello William y levantaba la boca, en su carrera. Luego ya no pudo más. En el suelo, apoyado en manos y rodillas, se asfixiaba, y sentía desvanecerse, no importa cuánto jadeara. Por debajo de su axila veía detrás de él una calle muy larga.

Apenas le fue posible, miró a su alrededor en busca de un teléfono. “Soy yo”, dijo William, aún jadeando. “¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?”, dijo Jan. “Lo tienen, Jan.” “¿Dónde estás? ... William, necesito saber dónde estás.” William retrocedió un paso y miró arriba, pero no encontró ningún letrero. “Cerca del bar, en la calle del bar.” “Espera ahí William. ¿Me escuchas? Espérame ahí mismo.”

Mientras esperaba, William no dejó de caminar de un lado de la calle al otro, en línea recta y en diagonal, mordiéndose el nudillo de su dedo índice y produciendo a ratos un sonido interno, penetrante, como si al fondo de su esófago agonizara un animal. Un escalofrío descendió por su cuerpo y la certeza de que habían terminado con Rhodias se encajó en su cerebro, como aguja larga y fría. En cierto momento pasó un auto y William saltó a la calle para detenerlo, agitando los brazos, pero el conductor aceleró y escapó.

“¡Aquí!”, gritó William cuando las luces de un auto aparecieron a unas cuadras. El auto se aproxima

por espasmos, enfrenándose y acelerando a fondo, hasta que Jan se volvió visible. “¡Aquí!”, gritó William de nuevo, a pesar de que Jan se estaba orillando ya. El coche todavía no se había parado por completo cuando William abrió la puerta trasera y se subió. “¡De prisa! ¡Hacia allá!”, dijo William, su tórax metido entre los asientos delanteros. “¿Regresaron?”, preguntó Jan, el coche encarrerado calle abajo. William no respondió. “¡De prisa!”, dijo en cambio. La imagen de Rhodias al volante, afuera de casa de Jan, le vino a la mente. Luego el recuerdo de un sonido lo asaltó por vez primera: *uoc. uoc.* el sonido del bat en el pecho de Rhodias. “¡Le dieron duro Jan!”

En muy poco tiempo estaban ya dando vuelta en la Calle quince. Jan había apagado las luces e iba muy despacio. Rhodias podía estar en cualquier parte, en medio de la calle o en la banqueta. Además, era probable que los estuvieran esperando. “¿Lo ves en alguna parte?”, preguntó Jan, pero William no se atrevía a enfocar la mirada. Luego llegaron, todavía muy despacio, a la vecindad. Esta vez William miró. Jan no se detuvo, quería pasar desapercibido, pero William vio el patio. Apenas iluminado por la calle, penetraba las sombras con sus dos paredes altas, geométricas. William se figuró el cuerpo de Rhodias, inalcanzable en ese pasaje. Su mirada puesta en la suciedad de la ventana, preguntó en algún momento: “¿qué?” “Dije —respondió Jan— que tenemos que llamar a la reserva.” Jan rodeó la manzana, dando vueltas a la izquierda, y detuvo el coche apenas dobló de nuevo en la quince. “William... William... escúchame... mantén los ojos abiertos. Voy a hacer una llamada... ¿Me escuchas?” William asintió. Jan se bajó del auto y caminó atento al teléfono en la contraesquina. William sabía que Jan no estaba lejos, pero la visión de la sórdida, fría calle, y de la boca oscura del patio en su centro, lo hacía entender su propia soledad, una de cientos de años, y la angustia se le metía por el pecho. Intentó evocar y aferrarse a la imagen de su madre, pero se sintió indigno de ella, y en su cabeza esa imagen se convirtió en un monstruo. Ni siquiera ella podía salvarlo. Sólo Rhodias podía. Entonces se le ocurrió algo. Una idea lo fue llenando, y traía consigo tal contenido de verdad que lo inspiraba a realizarla. Escuchó la voz de Rhodias, ya no reprendiéndolo sino dándole aliento, y recibió fuerza de él. No había tiempo que perder. William se bajó del coche. Luego corrió calle abajo hasta la vecindad, y alzando su cabeza por encima de una ola blanca de miedo, se internó en las sombras del patio. ~